

El neoliberalismo, sus verdugos y el 15M

Txetxu Aguado

Los verdugos en la historia son figuras variables no siempre ocupadas por las mismas personas o instituciones. De hecho, más que un individuo concreto, que a veces sí lo es, me gustaría centrarme en esas organizaciones con el poder suficiente para convertirse en verdugos de la mayoría de la población. Lo característico de estas organizaciones es el ejercicio desnudo del poder sin sentir el mínimo interés, mucho menos remordimiento, por las consecuencias nefastas de sus acciones. Su actuar responde siempre a intereses que nunca son los de la ciudadanía, inspirándose en fuerzas que difícilmente podrían catalogarse como democráticas.

Quisiera analizar la actual crisis económica y social española como resultado de la acción conjunta de varias instituciones-verdugos heredadas del franquismo o que todavía mantienen vínculos con él. Se hace referencia a la usura bancaria,¹ cuyos excesos y malas prácticas han sido compensadas con el dinero público de todos sin que hayan parado mientes en ejecutar cuantos más desahucios mejor; la corrupción política sin límite alguno, endémica y estructural a un sistema político evolucionado desde una dictadura con muy serias carencias democráticas; y no podía faltar aquí una policía dirigida a la represión brutal, rara vez a la protección ciudadana y contra el sano ejercicio democrático de la protesta. Entre otros, ellos son los nuevos verdugos de nuestro presente a los que se prestará atención aquí.

Comenzaré describiendo el panorama económico y social español en este momento de crisis. Tras una breve reflexión sobre el sujeto verdugo y las instituciones sobre las que se apoya, de la mano del filósofo Byung-Chul Han, se propondrá una historia centrada en sus víctimas, siguiendo al filósofo Reyes Mate, cuyo objeto sea la disminución de las mismas en el futuro. La identificación de las víctimas ayudará en la delimitación de quiénes son los verdugos. Y si de producir menos víctimas se trata, se argumentará que el movimiento

de los indignados y su manifestación más palpable en el 15M identificará y tratará de neutralizar a las instituciones-verdugos de nuestro presente. Para ello se recurrirá a los documentales de Mercedes Álvarez, *Mercado de futuros* (2011); de Basilio Martín Patino, *Libre te quiero* (2012); y el de Stéphane Grueso, *15M: Excelente, Revulsivo, Importante* (2012).

La democracia española y sus víctimas

Más de una vez se tiene la sensación de que la democracia española no ha sido capaz de promover ciudadanos ligados por vínculos políticos, sino más bien emocionales, a favor del centralismo español. Tampoco ha favorecido la creación de espacios públicos donde dirimir qué sociedad se quiere. Se sigue demonizando al disidente, al diferente, al poco respetuoso con la ortodoxia nacional. Mirando hacia atrás, desde la crisis de 2008, se tiene la sensación de que la Transición española hubiera tenido mucho de otro cambalache político—como aquel franquista de la democracia orgánica, salvando las distancias—al objeto de perpetuar otra anomalía política bajo formas distintas, pero semejantes en el fondo: en lugar de ciudadanos, españoles obedientes; en lugar de espacios públicos democráticos, los galimatías ensordecedores y la reclusión en lo privado; en lugar del consenso sobre lo posible, la apropiación de la realidad por la mentira descarada; en lugar del contraste pacífico entre puntos de vista, solo miedo y violencia, aunque ahora no se arriesgue la cárcel o la vida, o no siempre. Nuevamente, los vencedores de la Guerra Civil española y los herederos de la dictadura vuelven a ocupar el espacio público—seguramente, no lo abandonaron nunca—y sus visiones informan todas y cada una de las carencias democráticas del estado español. Ellos son los responsables del desastre actual, los nuevos verdugos. Quienes sufren sus políticas, las víctimas, siguen sin contar un ápice.

Esta es la realidad española actual. En ella se nos “adoctrina” con sencillez digna de encomio, diciéndonos que los ciudadanos solo pueden ser patriotas acérrimos de la nación “una, grande y libre” de la dictadura franquista; que la expresión de la diferencia solo abrirá las heridas de la división; que la protesta cívica y la participación democrática ya se sabía que eran antidemocráticas; que la crítica, quién entiende cómo, ataca al estado de derecho; que la brutalidad policial protege a los ciudadanos . . . a palos. En esta nueva España—paraíso de las derechas “de toda la vida”—la política es el mejor ejemplo del nepotismo descarado, de la plutocracia y de la apropiación de los fondos públicos; los ladrones financieros gozan de la protección de las haciendas de todos; y a los sin techo, a los desahuciados de sus casas, parados e inmigrantes de siempre se los barre bajo la alfombra reluciente de la españolidad más rancia.

Esta normalidad española sigue la razón y lógica de los vencedores de antaño, remozados ahora en los tahúres de los mercados financieros globales. Siguen siendo los mismos. Sus discursos de justificación y legitimación de sus privilegios se han blindado. Ni aceptan críticas a su forma de hacer ni mucho menos aceptan la existencia de alternativas. Han conseguido imponer su visión del mundo como si de un fenómeno natural se tratase. El filósofo Byung-Chul Han los ha caracterizado en *La sociedad de la transparencia* (2012) como sujetos sin vínculos comunitarios de ningún tipo más allá de la tribu “financiera” con la que se identifican. Han internalizado la lógica neoliberal—máximo rendimiento para ser y para acumular objetos—dedicándose en cuerpo y alma a cultivar su narcisismo.² Dicho con palabras más actuales, el sujeto de Byung-Chul es el producto de vivir en el neoliberalismo salvaje en lo económico; en la baja calidad democrática y en la corrupción; en la incapacidad de lo político para resolver los problemas que de verdad interesan a los ciudadanos; y en el *sálvese quien pueda* en las relaciones humanas, con el adiós al estado del bienestar o con su degradación hasta tornarlo en irreconocible.³ ¿No es esta una buena caracterización de la sociedad española actual, donde los derechos de las víctimas del neoliberalismo se han acallado con las mil y una triquiñuelas a que nos tienen acostumbrados los triunfadores-vencedores de la historia? Los entramados mediáticos que los apoyan han dispensado con cualquier atisbo de alternativas a la realidad neoliberal, poniendo en ridículo a quien se atreve a expresar cualquier visión crítica y disidente.

En la sociedad de la transparencia, todo es homogéneo, uniforme, cristallino, sin ningún recoveco de sentido por descubrir, sin ningún pliegue donde anide la alternativa a lo existente (Byung-Chul 7). La policía del pensamiento único liberal se ha encargado de hacer desaparecer de la esfera pública hasta la disconformidad más inocente. El mundo que han diseñado para nosotros es pura y simple necesidad. Nada de la contingencia de quien atribuye los males en la historia, y la presencia de los verdugos que los ejecutan, a la desafortunada confluencia de circunstancias históricas y políticas de un determinado momento. Vivimos en la absoluta necesidad de lo existente donde no tiene lugar ningún cambio ni novedad verdadero.⁴ No hay acontecimientos que muevan lo social hacia un lado distinto de la inmovilidad en la que se encuentra. Solo reina la más estricta circularidad de lo igual, día tras día. La falta de imaginación de quienes se encuentran apoltronados en el poder para elaborar, o al menos reconocer, lo diferente es atosigante vaya uno por donde vaya. El resultado es que los culpables-verdugos del estado de cosas actual campan a sus anchas sin que la política, perdida en divagaciones incomprensibles, sirva ni siquiera para apaciguar los desastres que nos anuncia a diario.

Si de verdad se quisieran reducir los instantes de aparición de verdugos y de las instituciones sociales, políticas o económicas sobre las que se apoyan, habría que volver a recuperar una historia centrada en las víctimas, en los que

sufren las consecuencias de la existencia de los primeros. Esto es precisamente lo que los culpables de las disfuncionalidades de todo tipo del neoliberalismo en España quieren evitar a toda costa. Esta historia de las víctimas pondría de manifiesto el precio pagado por la paz de los cementerios de la dictadura franquista, por los olvidos deliberados de la Transición, y por la supuesta paz social de las calles de hoy en día a base de brutal represión policial.

Habría que escribir una historia que ni fuera mero discurso científico aséptico—desprovisto de la emoción de lo verdadero—ni se redujera a un mero narrar congratulador de las virtudes de los vencedores, de los de la Guerra Civil española y de sus continuadores políticos y financieros hoy en día.⁵ Lo que ha venido llamándose memoria histórica—la memoria de las víctimas—debería ser capaz de devolver a la historia la capacidad para llegar a un conocimiento veraz sobre lo ocurrido e informar sobre lo que está ocurriendo. La memoria aporta la verdad de las víctimas, generalmente marginadas del discurso histórico. Esta verdad de memoria viene a complementar la frialdad de los datos científicos, al mismo tiempo que aporta la visión alternativa de los perdedores al narrar único, y sesgado a su favor, de los ganadores. Esta memoria no es un mero dolerse por lo ya ocurrido o ya ido; no es un mero regodearse en el dolor pasado ni mucho menos quiere que nos quedemos encerrados en un círculo sin salida de dolor irredimible.⁶ Todo lo contrario. La memoria vuelve a indagar en las aguas más turbias de lo sucedido para derivar de ello una enseñanza para el presente. Sería además deseable que la enseñanza aportada por la memoria fuese aprovechable para que en el futuro—y devolviéndole el prestigio perdido antaño para cambiar lo existente—se modifique lo que no funciona en el presente. ¿Cómo contener o eliminar del todo, si fuera posible, la acumulación de más y más víctimas a consecuencia de los mismos poderes ganadores y los mismos verdugos?

Lo formula con claridad el filósofo Reyes Mate. La memoria de la víctima “no es sólo traer a la conciencia de las generaciones posteriores hechos que ocurrieron en el pasado. Para eso está la historia. La memoria es una exigencia moral con carga política” (*A contraluz* 37). Habría que añadir algo más. Ni la historia debería denigrar a la memoria como acientífica y propia de perdedores, ni la memoria debería desentenderse de la historia por apolítica o amoral, y escrita siempre por los ganadores.

Vayamos por partes con la cita de Reyes Mate. ¿A qué alude la “exigencia moral” de la memoria? La moralidad reclama situar a cada uno, víctimas y verdugos, en su lugar, no confundiendo a las unas con los otros en un revoltijo indescifrable donde nunca se sabe quién fue qué ni quién victimizó a quién. Con todos los matices que se quiera, la atención moral prestada a la víctima no significará venganza, aunque sí la búsqueda de justicia. Si se habla de la Guerra Civil española, dados los años transcurridos desde entonces, la exigencia moral no consistirá tanto en juzgar a los verdugos en los tribunales—por

otro lado, ¿por qué no?—como en desproveerlos de autoridad, y sobre todo de potencial político para participar en la configuración del presente. Si se habla de la crisis española y europea actual, la exigencia moral consistirá en no cargar sobre las espaldas de quienes más la han sufrido las equivocaciones de los responsables-verdugos que la provocaron. Una vez más, el presente de los ejecutores-verdugos del neoliberalismo se ha construido sobre las víctimas, y han salvado sus privilegios económicos a costa de ellas. Afirmarlo no es buscar la revancha ni la venganza, pero sí la justicia. Se quiere construir las bases de la sociedad española sobre terrenos menos resbaladizos que los antiguos “25 años de paz” franquista, o sobre una supuesta recuperación económica que beneficia solo a los mismos que produjeron la crisis del 2008. Para ello, es de necesidad la elaboración de un pasado donde tengan cabida las víctimas de la represión franquista y la construcción de un presente donde no se produzcan nuevas víctimas económicas (tasas desmesuradas de desempleo), políticas (representación no igualitaria), o sociales (marginalización).

La “exigencia moral” reclama algo más. Nuevamente Reyes Mate y Juan Antonio Mayorga nos los aclaran. Dicen ambos autores “que memoria [en Benjamin] no es cualquier recuerdo, sino la visión del mundo con los ojos de las víctimas; recordar es, pues, hacer presente las preguntas no respondidas, los derechos insatisfechos, las injusticias pendientes de las víctimas” (24). ¿Seremos capaces de mirar como otros miraron y miran, de responder a las preguntas como ellos las formularon y las formulan ahora mismo, de satisfacer sus derechos conculcados y reparar las injusticias que los humillaron y los siguen humillando? Mirar con los ojos de la víctima supone ponernos en su lugar, adoptar su mirada como si fuera la nuestra, que no necesariamente compartirla por completo. Si bien toda generación debe poseer margen suficiente para mirar de manera autónoma, ello no significa ignorar cómo miraron los que nos precedieron y, por supuesto, mirar sin quedar atascados en las visiones heredadas ni quedar empantanados en esas de sus melancolías sin salida. De igual manera, mirar con los ojos de las víctimas presentes significa rescatarlas de su condición de desechos de las crisis cíclicas del capitalismo neoliberal. Supone responder a la pregunta de por qué ellos son los más perjudicados, devolverles su dignidad de seres humanos sometidos a circunstancias que nunca provocaron, y supone finalmente satisfacer sus exigencias de justicia persiguiendo judicialmente a quienes los condenaron a ser una víctima más. Solo cuando se responde afirmativamente a las preguntas de Mate y Mayorga, y hacemos nuestras las preguntas de las víctimas, damos contenido a la exigencia moral de la que se hablaba más arriba.

Sobraría decir que la memoria de las víctimas no es mera acumulación de un recuerdo tras otro, como si de la construcción de otra burbuja especulativa, esta vez de archivos de memoria-inmuebles, se tratara. La acumulación de memoria por sí misma, donde todo recuerdo encontrara su lugar, pero donde

no se discriminara entre lo ocurrido relevante para todos de lo meramente circunstancial, no es lo que aquí se propone. La memoria de las víctimas quiere ser el reconocimiento tardío de una deuda, como diría Reyes Mate (*A contraluz 10*): estamos ligados a quienes nos precedieron porque sus demandas no han sido todavía satisfechas, como estamos obligados con las víctimas actuales—y aquí podemos incluirlos—porque las injusticias que se han cometido contra ellas siguen sin resolverse.

La deuda contraída con las víctimas y su reconocimiento no solo informan la exigencia moral. Además, define qué pueda significar esa carga política de la memoria, su otro componente ineludible para Reyes Mate. Para el filósofo “reconociendo esa deuda del presente con el pasado,” o reconociendo la deuda con las víctimas de la crisis, “estamos echando los cimientos para una organización que no se base en nuevas víctimas” (*A contraluz 10*). El contenido político de la exigencia moral no es otro que la actuación sobre los parámetros neoliberales y sus secuaces para evitar la producción de nuevas víctimas. No se trata de dejarse llevar por la inocencia que no reconoce las limitaciones de lo político para afectar la realidad ni por el idealismo enganchado a algún tipo de imposible utópico. Se está hablando del activismo en el presente dirigido a conseguir ahora mismo, y en el futuro, un momento menos saturado de más y más víctimas. Se está hablando del activismo político contra los verdugos y los culpables del daño actual allí donde se presenten.⁷

En otras palabras y para ser más concretos, ¿quiénes son los nuevos verdugos del presente español? Todos aquellos responsables de la existencia de más y más víctimas. ¿Quiénes son las nuevas víctimas? Todos aquellos que se ven abocados a circunstancias imposibles de sobrellevar en lo económico o en lo social: todos los desplazados y condenados a la pobreza por la crisis, responsabilidad exclusiva del neoliberalismo.

Queridísimos verdugos⁸

No se quiere igualar sin matiz alguno a las víctimas políticas de la Guerra Civil, de la dictadura española y de la Transición con las víctimas sociales de la crisis actual. Pero las diferencias no nos deben cegar sobre quiénes son los que pagan las crisis en la historia. El escenario de crisis actual es el descrito a diario por los próceres de la patria y por los doctos escritos de periodistas e intelectuales como el escenario habitual, normal y el único democrático. Con constancia y contundencia machaconas, se nos dirá que no hay alternativa que no nos devuelva a la época de las cavernas. Solo nos queda aceptar este presente con la mayor de las alegrías, pues no importa cuáles sean los males que nos aquejan ni su gravedad. Siempre podríamos estar mucho peor. Desde luego, a cualquier

observador crítico no dejará de parecerle el escenario español de crisis tal y como se viene describiendo como inusual, anormal o antidemocrático. Esto es, lo contrario de lo que se nos vende con la mayor naturalidad. ¿Son quienes defienden y justifican este escenario de la normalidad española los nuevos verdugos que legitiman la producción de nuevas víctimas? ¿Cuál es el origen, dónde y cómo han surgido estos verdugos? A estas preguntas se responderá en esta sección en relación con el movimiento ciudadano llamado 15M. Se hará de la mano del documental de Mercedes Álvarez, *Mercado de futuros* (2011), del de Basilio Martín Patino titulado *Libre te quiero* (2012) y del documental de Stéphane Grueso, *15M: Excelente, Revulsivo, Importante* (2012).

¿Cuál es este escenario de crisis? Algo tendrá que ver la globalización, vendida como la panacea de la solución de cualquier disfuncionalidad en el sistema económico y político neoliberal. La globalización ha venido siempre acompañada de la exigencia de eliminación de cualquier ruido-evento-idea que impida el libre fluir de capitales y de la estandarización-homogeneización a la que se somete la totalidad del planeta y sus habitantes, convertidos en objetos de explotación. Se exige fluidez de circulación sin trabas ni obstáculos, sin ambigüedades ni cortapisas, pero solo fluidez de capitales y de explotaciones, que nunca de personas ni de ideas. Tanto las personas como sus miradas alternativas quedan condenadas a los espacios marginales de la ilegalidad o del sinsentido. Se entiende que cualquier crítica, cualquier esquina disidente o cualquier diferencia, daría al traste con la libre comunicación entre capitales y sus especulaciones globales. En este sentido, la ausencia de masa crítica contra la normalización neoliberal global produce regímenes económico-sociales-políticos totalitarios, pues aspiran a embutir la variedad del mundo bajo una sola idea total y única. Quienes abogan e implementan la globalización de la explotación económica y de la homogenización son, sin género de dudas, los nuevos verdugos de nuestro presente.

Claro que se puede ser más concreto a la hora de poner nombre a estos verdugos. Lo hace Mercedes Álvarez en su *Mercado de futuros* (2011). El documental comienza con imágenes de una mudanza. Se nos muestran los libros, muebles, juguetes, cuadros o los objetos más valiosos de quienes habitaron alguna vez ese piso. Con la mudanza todo se empaqueta en cajas y los objetos que contienen terminarán vendidos a peso en un rastro de la ciudad de Barcelona. El contenido de memoria y de vida de quienes habitaron el piso, y plasmado en sus objetos personales, se destruye sin miramientos. O, dicho de otra manera, el valor de la vida se profana en la subasta del rastro. Estas imágenes vendrán combinadas con otras de ejecutivos u hombres—y algunas pocas mujeres—de empresa, interesándose por un máster en marketing y por la organización eficaz de compañías, por imágenes de vendedores de inversiones especulativas en algún país donde no se paguen impuestos o por compras de inmuebles en paraísos naturales a explotar. No podían faltar las

imágenes de gurús de las finanzas enseñando cómo hacer buenos negocios con una iconografía que remeda claramente la religiosa. Anuncian la llegada de los nuevos dioses del beneficio a toda costa, aunque nos quieren convertir en sus acólitos con los mismos viejos rituales de las creencias más ciegas. No olvida el documental mostrar la absurdez de un mercado de divisas y de valores regido por la crispación nerviosa y el criterio sin sentido. Todo ello viene intercalado con la filmación de una persona cuidando de una huerta en los pequeños espacios todavía verdes entre carreteras o autopistas, así como con el transcurrir tranquilo de una mañana de rastro con conversaciones entre personas buscando entre los más variopintos objetos desechados lo que todavía les pueda resolver algún problema en sus vidas.

Lo que une los diferentes segmentos del documental son las reflexiones sobre el arte de la memoria y sobre su olvido. Es decir, sobre la capacidad de la memoria para crear espacios, tiempos y relaciones humanas no mercantiles y, por lo tanto, mediadas por contactos, afectos, emociones y cuidados. O mediadas por todo aquello que no encuentra un precio de compra-venta en el mercado. ¿No era la memoria el recuerdo de los olvidados por la historia y sus vencedores? En verdad, la memoria otorga sentido en función de la relación con los demás dirigida a la comunicación, o en los instantes de convivencia pacífica y respetuosa con las diferencias nuestras y de los demás. Su olvido, por el contrario, nos aboca a la relación humana centrada en el interés comercial, esto es, en la mera instrumentalización como si fuéramos medios para conseguir fines, cuando las personas deberíamos ser siempre tomadas como fines en sí mismos. De hecho, en uno de los extras que acompañan al DVD titulado *El arte de la memoria* se nos dejará leer que “una ciudad es un lugar de memoria compartida.” Un lugar donde se tejen y entretienen relaciones, donde se comparte lo de uno con lo de los demás, donde se construye la convivencia y el cuidado por quienes nos rodean. Frente a esta ciudad de memoria se alza la ciudad del olvido, donde las palabras y sus sentidos han sido pervertidos por quienes solo gruñen las cifras de beneficios de sus negocios y por quienes apoyan las especulaciones inmobiliarias dirigidas a la destrucción del tejido humano de la ciudad.⁹

Mercedes Álvarez recoge en imágenes el contraste brutal entre las salas de reuniones de los mercaderes de siempre con la pobreza todavía digna de huertas y rastros. Entonces, ¿quién o qué ha condenado a la ciudadanía y a su memoria de la convivencia no comercial a la irrelevancia? ¿Quién o qué ha condenado la comunicación en la plaza pública al espacio ahora marginalizado del rastro? La imaginería poética de Mercedes Álvarez recoge el encogimiento del espacio público a una pequeña huerta acorralada por el asfalto y a un rastro de desechos-basura. Lo que prima ahora es el interior de ferias empresariales y de apartamentos de lujo, la presencia apabullante de autopistas por donde circulan las ideas neoliberales, los atascos de automóviles parados

en la nada de la ciudad del olvido. Frente a este espacio en plena ebullición se alzan las ruinas de edificios, de antiguas fábricas, de barrios olvidados. Estos son los lugares por donde todavía es posible hurgar en la memoria abandonada de lo que una vez fue un entramado social y urbano en toda su complejidad, y no un simple espacio vacío sujeto al potencial de la rentabilidad futura. Las ruinas son, por lo tanto, el refugio de la memoria, su habitáculo a la espera de mejores tiempos para volver. Aunque se hable de ruinas abandonadas a su suerte, estas siguen guardando celosamente la memoria de vidas pasadas en un tiempo donde la ciudad era interacción y no mera escenografía neoliberal. La mejor imagen de esta escenografía vendría a ser el espacio vaciado de humanidad de las sillas de cemento de la playa de la Barceloneta, cuyos usuarios se bañan al sol con gafas ahumadas para no ver el vacío al que miran.

¿Quiénes son los verdugos de la ciudadanía democrática, de la memoria de relaciones entre personas distintas a las del beneficio, los *asesinos* de las palabras con sentido de comunicación, de la condena de lo público a las afueras de lo social? El documental es claro. Mientras el neoliberalismo condena la verdadera vida—la vida de la memoria—al rastro, pues no es más que desecho, ensalza por otro lado el espacio aislado de la feria empresarial con sus fantasías de maximización del beneficio. Todo ello como si no importara quién sufre las consecuencias o, con otras palabras, como si no importara a quién se roba para producir más y más beneficio, porque este es ciego a las víctimas que va produciendo. Es el poder económico neoliberal, y quienes lo apoyan por pasiva o por activa, el nuevo verdugo cuyas víctimas son apartadas convenientemente de la vista al recluirlas al rastro o a la huerta, esto es, al recluirlas en los espacios abandonados por el capital.

Pero no todo está perdido. Tanto los documentales de Basilio Martín Patino como de Stéphane Grueso muestran el retorno de los desechos del rastro de Mercedes Álvarez a la esfera pública: la Puerta del Sol en Madrid. Lo variopinto de los materiales y colores de la acampada de Sol son imagen viva de la vuelta de los objetos *inservibles* del rastro y sus personajes del documental de Álvarez. La vista aérea de la acampada de los indignados del 15M calca la acumulación de objetos del rastro, solo que ahora es el objeto desechado—en la forma de desecho humano improductivo o de relaciones abandonadas por no producir beneficio—lo que se recupera. Esto es precisamente el 15M, la vuelta a la vida democrática de lo que nunca debió salir de ella: la ciudadanía, y la memoria de un tiempo y un espacio donde los ciudadanos importaban, tenían voz y voto para influir en los acontecimientos públicos, del pasado, presente y futuro. Claro que si la democracia ha quedado reducida en su versión neoliberal a mecanismo formal de votación—siendo falseada y secuestrada—la acampada de los indignados quiere devolverle su otro componente esencial: la justicia y la igualdad. Nadie debe quedar marginado de la vida pública, aunque no quiera usar ni vestir ni expresarse con el lenguaje de la ganancia del dinero.

En los dos trabajos de Martín Patino y Grueso, la acampada de Sol pone en práctica una democracia participativa y asamblearia, en un espacio ejemplarmente organizado para la vida social, horizontal para facilitar el encuentro frente a la verticalidad jerárquica de las estructuras estatales. Lo más sorprendente es la habilidad de los indignados para organizarse sin ningún recurso a la violencia. Eso sí, se armaron de grandes dosis de paciencia para escuchar las veces necesarias las mismas preguntas por parte de los participantes. Pero es que lo democrático no es gestión con la eficacia del contable de la cosa pública, sino encuentro entre ciudadanos necesitados de tiempo para expresarse, comprenderse y acercarse los unos a los otros. Y ello necesita de tiempo, de un tiempo que se niega a ser como el oro de los mercaderes.

Los participantes entrevistados en el documental de Stéphane Grueso viven la acampada como un espacio de pensamiento, de reflexión, para decidir qué quieren conseguir y cómo. Es igualmente un espacio de movilización de las energías de cada uno para definir la cosa pública a favor de los intereses individuales y colectivos de la mayoría. Por eso, la expresión popular campa libremente para remodelar los símbolos del estado español, como la figura ecuestre de Carlos III, o populares de Madrid, como el oso y el madroño, con mensajes escritos por los participantes con palabras llenas de esperanza. Los mensajes pegados a ambas esculturas, a la estructura metálica y de cristal de la estación de metro, o a los murales construidos a base de cartones, son la democracia entendida como expresión de lo popular, sorprendentemente, o a lo mejor no tanto, sin recurrir a la grosería y la vulgaridad a la que nos tienen acostumbrados los políticos profesionales de la ciudad y del gobierno. Frente a la seriedad y las caras de expresión granítica de los políticos profesionales cuando nos comunican la defenestración de nuestras vidas por las necesidades de su economía, los indignados de Sol recurren a lo lúdico, a lo festivo, al concierto de música, al teatro callejero y, cómo no, a la palabra y al diálogo. El propósito: refundar la democracia de las personas y poner de lado el cambalache de la democracia falsa de los banqueros y poderes varios del neoliberalismo económico. El buen saber de las víctimas pone en evidencia los intereses creados contra la vida pública y privada de la ciudadanía por parte de los verdugos de siempre.

Como no podía ser menos, algunos comerciantes de la zona redactaron un comunicado quejándose . . . de qué, sino de que la acampada estaba disminuyendo sus ganancias. Las reacciones críticas a este comunicado se recogen en las imágenes de Martín Patino. Esos comerciantes querían pervertir el espacio de todos de la plaza como lugar de encuentro y diálogo por el espacio aséptico—sin bacterias democráticas críticas—de la superficie comercial de vanas promesas de felicidad a través del consumo irresponsable. ¿Por qué molestará tanto a los adictos a la ganancia a toda costa, y a los poderes que los apoyan desde el estado, la festividad celebratoria de quienes no tienen ningún poder

de compra? Ciertamente, los disfraces de seriedad y autoridad de las instituciones del neoliberalismo político y económico no aguantan la capacidad de la risa para demolerlos. Además, quien no tiene poder de compra reseñable, difícilmente será asimilable para la causa del consumo. Así que en Sol, la realidad vuelve a entrar en la vida de todos nosotros no por la puerta grandiosa del poder estatal y sus instituciones, sino por la trasera de la risa, de la risa sin propósito ni fin alguno, claro que siempre dirigida contra lo que tiene el único fin de esclavizarnos.

El movimiento de los indignados se dirige a recrear la verdadera democracia, esa que sin ser perfecta se aleja con contundencia de las distorsiones de la democracia liberal, facilitando la participación de la mayoría y la representación más directa, queriendo contrarrestar ese “no nos representan” de los políticos profesionales. Sus herramientas para implantarla son las manifestaciones de risas colectivas recogidas por Grueso, como se viene diciendo, o los instrumentos de una orquesta y las manos limpias de los acampados y manifestantes en Sol tomadas por Martín Patino. “Estas son nuestras armas,” se escucha en este último documental al mismo tiempo que se levantan las manos. Por no hablar de la irrupción en las oficinas bancarias marcándose unos pasos de flamenco para marcharse con la misma naturalidad con la que se ha entrado, en las imágenes de Grueso. El rechazo explícito de la violencia—salvo instantes aislados—fue otra de las señas de identidad democrática de los indignados. Es más, cuando surgía algún conflicto entre personas o colectivos en las asambleas por discrepancias a la hora de decidir cómo actuar, inmediatamente intervenía un grupo de mediadores para en lugar de enquistar el conflicto canalizarlo por vías aceptables para todos.

Esto fue justamente lo contrario de la respuesta estatal al movimiento del 15M. Visionando las imágenes de Patino y Grueso de las cargas policiales de los llamados antidisturbios se tiene la impresión de asistir a la construcción de una ciudad-ciudadanía asediada, acorralada por el estado y sus aparatos de vigilancia. Fueron constantes los desalojos de la plaza; las cargas contra los manifestantes; las voces autoritarias, enloquecidas, quién sabe si alucinadas, de la policía abusando de su poder al detener a ciudadanos por doquier. Parece que los cuerpos represores hacen honor a su herencia. ¿Cuántos recuerdan hoy en día que el edificio de la Comunidad de Madrid en Sol fue la sede de la infame Brigada Político-Social del Franquismo, lugar de tortura y de violencias desmesuradas hacia los disidentes? Los poderes van y vienen, los partidos se suceden y los lugares de la violencia de la dictadura se remozan en edificios administrativos. Si ellos pueden pervertir la memoria del antifranquismo, olvidándose de ella, otros como los indignados de Sol resignifican el espacio público, la plaza, como el lugar del encuentro democrático.

¿Quiénes son entonces los verdugos de hoy en día? A una democracia desfigurada por políticos más interesados en su medrar personal que en las

preocupaciones ciudadanas, se unen los aparatos del *orden* estatal. Aunque la pregunta suene retórica, es necesaria: ¿a quién protege esta fuerza represora policial; a quién representan los políticos de la supuesta democracia española; a quiénes ayudan los mercaderes causantes de la crisis? Y, finalmente, ¿quiénes son sus nuevas víctimas? ¿Se ha apaciguado su producción—como exigía Reyes Mate—o se ha aumentado a causa de la crisis española, europea y global del neoliberalismo?

No puede dejar de afirmarse que los verdugos de hoy en día continúan siendo los herederos del pasado franquista: todos aquellos que cambiaron algo las cosas—la Transición política a la democracia española—para seguir dejando intactos sus privilegios económicos o políticos. La identificación de la figura del verdugo no con personas individuales—el tratamiento habitual—sino con instituciones engastadas en las instituciones del estado permite centrar la responsabilidad de la crisis actual y de la producción de nuevas víctimas. Ni la una ni las otras son el resultado del mal hacer de personas con nombres y apellidos cuyo encausamiento judicial podría devolver las aguas de la crisis a un encauzamiento cívico. Por el contrario, la identificación de los verdugos con instituciones estatales no engaña sobre quiénes son los verdaderos responsables de la miseria padecida por amplias capas de la población española. Al mismo tiempo, sitúa la presencia del verdugo en las instituciones de un estado cuyas atribuciones nunca fueron la protección de la ciudadanía española y sí la protección de los intereses menos confesables de algunos de esos españoles. El verdugo-institución está instalado estructuralmente dentro del estado español.

No todo conduce al pesimismo. El 15M fue—continúa siendouna manifestación de esperanza en las posibilidades de la ciudadanía para cambiar el mundo neoliberal. La movilización se alzó contra la desastrosa actuación de los estados nacionales, cuya única herramienta ha sido el recorte presupuestario del magro estado de bienestar español; se alzó contra la pésima gestión económica de los bancos y su rescate a base de fondos públicos tomados de los recortes en partidas sociales; fue en contra de una democracia que no puede representarnos si lo único que hace es desmovilizarnos, expulsándonos del espacio público, condenándonos a la marginalidad del rastro de la película de Mercedes Álvarez. Verdaderamente, la democracia y sus políticos “no nos representan,” y si no nos representan entonces no nos hacen falta. Y los mitos y fantasías ideológicas sobre los cuales han montado sus edificios políticos de control de la ciudadanía se desmoronan.

Una vez más, ¿quiénes son los verdugos y quiénes son las víctimas? No todas las víctimas necesitan haber sido asesinadas, exiliadas, torturadas o defenestradas—como las de la Guerra Civil, la dictadura o la Transición—para exhibir su estatuto como tales. Víctimas también lo son aquellas apaleadas brutalmente por policías *democráticas* por manifestarse contra los recortes

de derechos civiles fundamentales. Se hable del derecho a la vivienda, a una educación y sanidad públicas dignas de ese nombre, o a una ley reguladora del aborto no escrita por la curia eclesiástica, por citar solo unos ejemplos, este recorte de derechos no hace sino producir nuevas y cuantiosas víctimas. Esta vez a manos de cierta Iglesia católica retrógrada donde las haya. Sí, es verdad—como se ha dicho con anterioridad—el neoliberalismo económico y social, y quienes lo representan en las instituciones políticas, tienen ahora a bien el no asesinar impunemente como hicieron sus abuelos durante los años treinta y cuarenta. En este momento, con desahuciar sin compasión alguna; con reducir las prestaciones que más contribuyen a la igualdad y justicia social, como educación, sanidad, desempleo o pensiones; con limitar severamente el derecho de manifestación o la libertad de expresión con la llamada ley mordaza, les basta. Al menos de momento.

A manera de coda

La democracia surgida de la Transición no tuvo la vocación de construir una memoria vigorosa que la respaldara, que justificara su aparición. Se desentendió de la recuperación del caldo de cultivo democrático, por así decir, que la originó o al menos debería haberla inspirado. Es cierto que sufrió de las muchas zancadillas de la *caverna* franquista para desvirtuarla como un simple remozamiento de los aspectos más impresentables del franquismo. Igualmente, se la quiso conceptualizar desde los círculos del poder como una transformación de las estructuras estatales franquistas, como si de las leyes de la dictadura pudiera surgir un régimen digno de llamarse democrático. Al mismo tiempo, se prestó poca atención a las manifestaciones de la calle y a los muertos producidos por la represión brutal e indiscriminada de las policías de la dictadura. Poco o ningún cambio hubo aquí, como tampoco lo hubo en los mandos militares del franquismo, no digamos ya en los poderes económicos. En la política, la *caverna* franquista cambió literalmente el color de su chaqueta para presentar sus credenciales democráticas como Alianza Popular, origen material y espiritual del Partido Popular. Y la monarquía, recuérdese, fue reinstaurada por el mismo dictador. Hasta ahora no se ha sometido a la validación de la ciudadanía española.

A lo mejor los olvidos fueron deliberados porque se querían poner de lado las tensiones conducentes a la Guerra Civil. De acuerdo, pero al no reconocer los innumerables momentos de resistencias contra la dictadura, e incluso posteriormente, por alumbrar una democracia menos ligada al pasado del franquismo, se pusieron los cimientos para conectar la Transición únicamente con la dictadura. Entiéndase que no se trata de dismantelar esta transición como

de reconocer sus interminables carencias. Los problemas actuales no vendrían a ser más que el resultado lógico de estas carencias.

Si la Transición no posee, a día de hoy, un lugar de memoria de su fundación democrática, el 15M vendría a ser el momento de refundación de la democracia española, su origen incuestionable, su memoria más crítica. Han tenido, no obstante, que pasar cuarenta años desde la muerte del dictador para llegar a este movimiento ciudadano. Y es que las memorias colectivas no tienen por qué ser simples engendros conmemorativos de las ideologías estatales. A veces, los testimonios de memoria de la lucha de la ciudadanía por no dejarse expulsar de los espacios públicos donde tiene que expresarse, también funcionan como imaginarios de una colectividad por dotarse de un origen democrático.

Además del 15M, ha habido otros momentos de resistencia en el pasado más reciente, como el hartazgo de la sociedad civil por el desastre medioambiental del Prestige en 2002, las movilizaciones contra el gobierno de Aznar por meter a España en la guerra ilegal contra Iraq en 2003, o las mentiras descaradas —¿delictivas?— del gobierno de Aznar sobre los atentados terroristas en Madrid el 11 de marzo de 2004. No obstante, sin descartar la importancia de estos y otros momentos de resistencia, el 15M ha venido a canalizar las energías contra unas instituciones que no nos representan; contra los poderes económicos que nos condenan a la pobreza; contra las jerarquías eclesiásticas que dictan las leyes no de sus acólitos, sino las de todos nosotros; contra las policías que no nos protegen; en suma, contra la desigualdad y la injusticia que minan de raíz lo democrático. El 15M es el imaginario de la lucha por una democracia verdadera, participativa, representativa, más directa, más transparente, menos corrupta, menos jerárquica, menos clasista, más humana y, desde luego, más lúdica.

Entonces, el 15M es la respuesta de las víctimas contra la proliferación indiscriminada de los verdugos o, mejor dicho, de los herederos actuales de los verdugos de antaño. La ideología de estos verdugos no es ya, o no del todo, la fascista de la dictadura, sino la neoliberal de la globalización de mercados triunfantes, individualismo a ultranza y el “sálvese quien pueda,” con el consiguiente dismantelamiento del estado del bienestar. Parémonos a pensar por un momento. ¿No se rebela el 15M contra la continuidad de los verdugos de antaño en la forma de una banca inmisericorde y ladrona, de una política corrupta donde las haya, de una monarquía impuesta, de una Iglesia reaccionaria, y de una policía dirigida contra la ciudadanía? La respuesta es afirmativa. Por cierto, ¿no son estos los mismos poderes fácticos de la dictadura, esos que desde la sombra manejaban los hilos de nuestras vidas sin que nos ofrecieran ni parte ni concierto en el diseño de las mismas?

Notas

1. O en las palabras de Vicenç Navarro, “terrorismo financiero,” porque su propósito no es solucionar los problemas de la ciudadanía, sino destruir los escasos sistemas de protección social en países como Grecia o España. Es de obligada consulta su *Los amos del mundo. Las armas del terrorismo financiero* (2012).
2. El problema, como señala Myriam Illouz, es que este sujeto está “vacío de sí mismo” y vacía está su interioridad para entender los problemas sociales que genera (159).
3. Juan Goytisolo recopilará en *El bosque de las letras* (1995) artículos sobre el estado de cosas en esos años, pero traducibles a la actualidad. En concreto dirá: “con la existencia de un modelo único de desarrollo, las cosas vuelven a estar, a escala planetaria, en la situación en la que se hallaban en Inglaterra a comienzos de la Revolución Industrial. Plutocracia, *homo homini lupus* o ‘sálvese el que pueda,’ ¿no es ése el mundo descrito por Dickens?” (243). Un diagnóstico bastante parecido al que podría elaborarse hoy en día.
4. Jean Baudrillard dedica gran parte de su “The Anorexic Ruins,” entre otros textos, a justificar la inexistencia de eventos dignos de tal nombre. El único evento simbólico sería la caída de las Torres Gemelas en Nueva York en 2001 (47). Paul Virilio, igualmente, incide en la misma ausencia de eventos capaces de romper con la continuidad de lo dado (*City* 26). Todo supuesto acontecimiento no es más que simple mimetismo de lo ya existente (*City* 31) dirigido a enfatizar aún más la sociedad del “individualismo de masa,” “el comunismo de los afectos” y “la sincronización de las emociones” (*L’administration* 47). Es decir, colectivización de las emociones y afectos, sentidas en el mismo instante por entidades réplicas la una de la otra llamadas individuos y nunca dirigidas hacia los problemas desatados en el ámbito de lo público o lo social.
5. Lo explica con claridad y contundencia José Vidal-Beneyto cuando afirma que en la Transición continuaron los mismos que se habían beneficiado del franquismo. Eran estos los “grupos económicos, grandes familias, cúspide del estamento profesional, poderes mediáticos, cuadros superiores de la Administración pública, establishment académico. Ahí estaban y, con algunos retoques y aditamentos, ahí están. Desde esa perspectiva, Franco no pudo dejarlo todo mejor atado y la transición española fue efectivamente ejemplar.” Esta última aseveración es, por supuesto, irónica.
6. Quizás nadie exprese mejor esta actitud que Jean Améry con su noción de resentimiento, uno dirigido contra lo irreparable de lo sucedido en el pasado—el Holocausto—y contra sus responsables, que en lugar de mostrar contrición o atrición se vanagloriaron de sus hazañas. Véase su ensayo “Resentment” en la colección perteneciente a *At the Mind’s Limits*.
7. Curiosamente, en este momento de crisis y de acumulación de víctimas por donde quiera que uno mire, el filósofo José Luis Pardo, entre otros, critica el relato centrado en la víctima, cuestionando las dudas sobre los relatos de los vencedores incluso cuando son verdaderos. Contestando al filósofo, es razonable que el relato del vencedor esté sujeto a sospecha, y no solo la sospecha como duda, que ha de ser bienvenida,

sino la sospecha como manipulación descarada. ¿O es que los vencedores se han molestado alguna vez en dar voz a sus víctimas? Y si ha sido así, ¿cómo pretender que recojan la verdad?

8. Título del documental de 1977 de Basilio Martín Patino. El director entrevista a varios verdugos encargados de la ejecución de la pena de muerte desde 1939 hasta los años finales del franquismo. El título se utiliza de manera figurada aquí, sin olvidar que mientras algunos eran los encargados de ejecutar con la violencia del garrote vil, los entrevistados, otros lo hacían con guante blanco firmando sentencias de muerte. Los verdugos más conocidos son los de la película de Luis García Berlanga, *El verdugo* (1963).
9. Más sorprendente es la aseveración de Ricard Vinyes, por venir de quien ha dedicado parte de sus trabajos a la memoria de las víctimas: “situar el dolor generado por el terror de Estado y las dictaduras en el centro de una política pública de memoria conlleva un corolario preocupante: la constitución del sufrimiento en un principio de autoridad sustitutivo de la razón. Deberíamos llamarlo biologismo memorial?” (“La memoria”). Pero, ¿no sería igual de preocupante olvidarnos del sufrimiento a favor de la razón de los vencidos?
10. Nadie como el director José Luis Guerín ha captado esta destrucción en su documental *En construcción* (2001).

Obras citadas

- Améry, Jean. “Resentment.” *At the Mind’s Limits. Contemplations by a Survivor on Auschwitz and its Realities*. Trans. Sidney Rosenfeld y Stelle P. Rosenfeld. Bloomington, IN: Indiana University Press, 1980, p.62–81. Impreso.
- Baudrillard, Jean. “The Anorexic Ruins.” *Looking Back at the End of the World*. Eds, Kamper, Dietmar y Christoph Wulf. Trad. David Antal. New York, NY: Semiotext(e), 1989: 29–45. Impreso.
- Byung-Chul Han. *La sociedad de la transparencia (Transparenzgesellschaft, 2012)*. Barcelona: Herder, 2013. Edición electrónica.
- El verdugo*. Dir. Luis García Berlanga, 1963. DVD.
- En construcción*. Dir. José Luis Guerín, 2001. DVD.
- Goytisolo, Juan. *El bosque de las letras*. Madrid, Alfaguara, 1995. Impreso.
- Illouz, Myriam. “L’homme du XXIe siècle serait-il devenu un monstre?” *Le canari du nazi. Essais sur la monstruosité*. Ed. Michel Onfray. Paris: Éditions Autrement, 2013: 150–72. Impreso.
- Libre te quiero*. Dir. Basilio Martín Patino, 2012. DVD.
- Mate, Reyes. “Las deudas pendientes de la memoria.” *El País*. Web. 21 de octubre de 2009.
- _____. *A contraluz de las ideas políticamente correctas*. Barcelona: Anthropos, 2005. Impreso.

- Mate, Reyes, y José Antonio Mayorga. “Los anunciadores del fuego: Franz Rosenzweig, Walter Benjamin y Franz Kafka.” *Lecciones de extranjería. Una mirada a la diferencia*. Coordinado por Esther Cohen y Ana María Martínez de la Escalera. México: Siglo XXI, 2002. Impreso.
- Mercado de futuros*. Dir. Mercedes Álvarez, 2011. DVD.
- Navarro, Vicenç y Juan Torres. *Los amos del mundo. Las armas del terrorismo financiero*. Madrid: Espasa Libros S.L.U., 2012. Edición electrónica.
- Pardo, José Luis. “Maneras de contar.” *El País* (20 de abril de 2015): 33. Impreso.
- 15M: excelente, revulsivo, importante*. Dir. Stéphane Grueso, 2012. En *Spain in Crisis: A Collective Responses*, 2011–13. DVD.
- Queridísimos verdugos*. Dir. Basilio Martín Patino, 1977. DVD.
- Tyras, George. *Geometrias de la memoria: Conversaciones con Manuel Vázquez Montalbán*. Barcelona: Zoela ediciones, 2003. Impreso.
- Vidal-Beneyto, José. “Almodóvar políticamente correcto.” *El País* (11 de marzo de 1999). Web.
- Virilio, Paul. *L'administration de la peur. Entretien mené par Bertrand Richard*. Paris: Les éditions textuel, 2010. Impreso.
- _____. *City of Panic (Ville panique, 2004)*. Trans. Julie Rose. New York, NY: Berg, 2005. Impreso.
- Vinyes, Ricard. “La memoria como política pública.” *El País* (7 de enero de 2009): 25. Impreso.

Aguado, Txetxu. “El neoliberalismo, sus verdugos y el 15M.” *Perpetradores y memoria democrática en España*. Ed. Ana Luengo and Katherine O. Stafford. *Hispanic Issues On Line* 19 (2017): 71–87. Web.
